



La ilustre conferencista y escritora, con el autor de este interesante reportaje.

se como una lámpara para las mujeres indostánicas. Compenetradas de aquel sentido total del amor, no hay secretos, en él, para nosotras.

*
—Entendido así, el amor es grande y simple como el mar.

Y Sofía Wadia nos indica desde la horda, ese cairel de mar que es la Bahía. Nos lo indica con un dedito tan pequeño, que cuando se separó, en la señal, de los otros, ninguno se dió cuenta que faltaba...

Sofía Wadia habla de la conmovedora fidelidad de las mujeres hindúes

Por Arturo García

SOFIA WADIA con su equipaje lleno de sorpresas vino al Congreso del Club de los Ilustres, de parte de la India. Esa India cuyo nombre sugiere una visión remotísima, y a pesar de así, deslumbradora, de luces que huyen — en un rojo delirio de distancias — de los rubios más hondos de Golconda, para llenarse de gracia en los ojos de todas las mujeres, de Punjab o Tanjore, y confirmar su destino en el espectro de luna de los nácares y en la victoria insuperable de las perlas.

*
Sus manos son tan pequeñas que se perderían en un beso.

Y la mirada, le llega a los ojos arrastrando fatigas. Porque nace tan allá, como esa luz que paga con estrellas los insomnios... Nace en el fondo del alma de Sofía Wadia.

No hay nada en el mundo que quede tan lejos.

*
La perdemos en sus manos y la recobramos en su voz.

Se apaga en el horizonte de una sonrisa, para glisar, con ritmo de agua clara, en palabras que diríanse pájaros remolcando auroras.

*
Esa voz, tibia y lenta, rodea nuestra pregunta con abrazo absoluto de río:

—La mujer hindú tiene el sentido total del amor. Lo comprende y le desempeña dentro de una fidelidad constante por su ideal.

Existe, aún, en la India, el hábito antiquísimo de que las familias elijan a los hombres para sus mujeres y a las mujeres para sus hombres. Pese a ello, empero, cierto sentido místico del amor forja la naturaleza inarrasable del objeto de amor. Un objeto con el que llegamos a identificarnos íntimamente, porque prefe-

rido para nosotros por nuestros padres, cuando éramos pequeños, nos acostumbramos a sentir que hemos de pertenecerle.

*
—Y a medida que el objeto se acerca en el tiempo, aquel sentir se ahonda en el corazón.

Y en la hora del beso que fustiga nuestros latidos y que nos redime de nuestra doncelez, se comprende — siempre — y como verdadera expresión de eternidad, que no podríamos haber sido de otro hombre que de ese que tenemos allí. Y que, a partir de él, sería monstruoso pensar que pudiésemos ser de otro. Ni aun cuando a éste le toque integrar el número de los que a cada minuto convoca la muerte.

*
El Manava-Dharma-Shastra, libro sagrado de los Manavaes, dice que la mujer que traicione al hombre de su amor, se reencarnará en el cuerpo de un chacal en la otra vida.

Sofía Wadia responde a nuestra alusión del texto santo, con impresionante seguridad:

—Allá, todavía creen en eso. Pero... no hay en el desfiladero de ninguna montaña — extraviado por feroces — ni en la umbría de ninguna selva — escondido por cobarde, — un solo chacal que haya sido mujer en otra vida.

*
—En ardor de carne, exaltación de espíritu y confirmación de fe, la mujer hindú ama al hombre que le fué señalado, desde que se inicia la marcha hasta que se llega.

Por eso es que nuestras vidas de amor, son rosarios de fervores. Cada hora, de pasión o de ternura, de ternesies, de sobresaltos o de entregas, es abrigada como un nido y lumino-



72